

¡AHÍ VIENE EL ABUELO; ¡AHÍ VIENE EL ABUELO;

Los domingos en *Catriló* siendo niños/adolescentes no había mucho para hacer. Reunirnos a jugar algún partido de fútbol entre barrios, juntar cardos rusos si estábamos próximos a los festejos de *San Juan* y *San Pedro*, bañarnos en alguna laguna si era verano y había llovido mucho en esos días, ir al cine y con suerte cuando tocaba, ir a alentar al equipo de fútbol del *Club Atlético Catriló* que de vez en cuando nos daba alguna alegría ganando algún campeonato de la liga que integraban.

Íbamos a la “cancha” a primera hora porque jugaba “*la segunda*” y algunos de los que integraban el equipo eran compañeros nuestros en el colegio secundario. Me acuerdo de *Jorge Urretavizcaya*, *Beto Montevachio*, *Rubén Cortes* que se iban perfilando por lo inteligentes y habilidosos para pasar en cualquier momento a la *Primera División*, pese a que el problema era de ser muy jóvenes.

Según la época del año elegíamos el lugar donde ubicarnos. Casi al terminar el partido de la “*segunda*” división y entraban a pelotear los de la primera, se oía el grito clásico.

¡LLEGO EL ABUELO, LLEGO EL ABUELO!

Y ahí salíamos todos a la carrera para ser el primero en recibirlo.

¿Pero quién era ese “*ABUELO*”? A la gente mayor se le suele apodar con ese título: “*ABUELO*” (los que hemos tenido la oportunidad de tener algún abuelo cerca bien sabemos del significado profundo que tiene esa sola palabra: “*ABUELO*”). Pero este era un abuelo muy especial, porque era el “*ABUELO* de todos los chicos”. El *ABUELO* de los domingos de fútbol.

La realidad era que ese abuelo que tomábamos prestado, era el abuelo de uno de mis grandes amigos: *Mario Eduardo Motzo*. Con él fuimos compañeros de juegos, compañeros en el secundario, primera promoción y encima fundadores e integrantes del conjunto folklórico *Las Voces de Santa María* durante casi cinco años.

¿Pero, que tenía de especial este abuelo?. ¿Cómo había llegado a *Catriló*?, ¿Cómo se llamaba?, ¿Estaba casado, con quién? a que se dedicaba?

Al comenzar a escribir este relato entendí que estaría bueno saber más sobre él, por ello acudí a mi amigo y nieto. *Mario* me ilustró con los siguientes datos:

El *Abuelo* se llamaba *Primitivo Pérez Estévez* y estaba casado con *Gertrudis López*. Vivían en la *Puebla de Yeltes*, partido de ciudad *Rodrigo*, provincia de *Salamanca*, *España*.

Como tantos españoles, cansados de la miseria y ante la proximidad de la guerra, a instancias de unos parientes radicados en el país, decidieron emigrar hacia estas tierras con toda la familia. La misma estaba compuesta por dos varones y tres mujeres, entre las que se encontraba la mamá de *Mario* que en ese entonces contaba con cuatro años de edad.

Al arribar al país, vinieron directo a *Catriló* y comenzaron a trabajar en el campo. Así como lo hicieron muchísimos inmigrantes, con el tiempo compraron un terreno en el pueblo y de a poco construyeron su vivienda, que aún sigue en pie.

Ya establecidos en su nuevo hogar, "El Abuelo" instaló un pequeño almacén que a la vez tenía despacho de bebidas y también se daba algo de comer.

En la nebulosa de mis recuerdos de niño me parece verlo hoy. Imaginarlo con un cierto aire del "abuelo de Heidi". No muy alto, de fisonomía apacible, un tanto retacón.

Pero, ¿por qué motivo lo esperábamos tan ansiosos a ese abuelo de "los domingos de fútbol", para que nosotros nos alegráramos tanto de verlo?

El venía a un "tranco" lento, casi diría cansino producto de los años que portaba y en cada mano con mucho esfuerzo traía dos canastas de mimbre tipo verdulera, llenas de *naranjas*. (Mario, aún hoy conserva una de esas canastas).

Sí, como lo leen, de *naranjas*. ¿No las regalaba? ¡*qué va!* Nos la vendía a un precio más que accesible. Muy baratas, de manera que todos podíamos comprarlas con algunas monedas que habíamos ahorrado durante la semana para esa oportunidad o porque como seguro andaba nuestro papá cerca, corríamos a pedirle que nos asistiera, porque ¡**HABIA LLEGADO EL ABUELO CON LAS NARANJAS!**

¡*A mí primero Abuelo!*; ¡*No a mí que llegué antes que vos!*; ¡*Yo quiero dos, yo quiero tres!* y el abuelo rodcado de chicos quedaba apretujado entre el piberío y en su rostro ahora me doy cuenta con el paso de los años que creo descubrir que se dibujaba una "sonrisa de satisfacción" porque veía la alegría que teníamos cuando recibíamos nuestra ansiada "naranja". Sí, estoy seguro que nos estaba regalando la "yapa" en esa sonrisa.

Algunos pícaros mientras uno le compraba o hacía que le compraba, los otros, de atrás, le robaban las naranjas.

Pero el abuelo, que de tonto no tenía nada, le fabricó a las canastas, una malla con hilos, que colocaba entre la manija y el borde trasero y de esta manera, solucionó el problema, pues no solamente podía vender las naranjas, sino también ver el partido lo más tranquilo.

En días de mucho calor, las naranjas desaparecían como por arte de magia, las vendía todas y como su casa no estaba muy distante de la cancha de fútbol del *Club Atlético*, con su tranco apacible iba a reponer una nueva carga. Aclaro que la gente mayor también le compraba, pero los superábamos los pibes.

¿Y el porqué de tanto éxito en la venta de las naranjas? Porque esas naranjas, eran "únicas". No se podían conseguir en ningún otro lado. Eran unas naranjas más grandes que las habituales, cascara fina, muchísima pulpa y muy muy dulces. Eran tan ricas que nos comíamos hasta la cáscara.

Muchas veces al transportarme a ese momento tan simple pero en el que sin saberlo era parte de nuestra feliz niñez, me he preguntado si las NARANJAS que nos vendía el ABUELO, las cosechaba él.

23

Que seleccionaba las mejores no tengo ninguna duda pero, nunca más pude comer de "esas" NARANJAS.

Muchas veces cuando retrocedo a aquellos años y recuerdo los domingo de futbol, se me aparece la figura del "ABUELO" y nosotros corriendo para llegar primero y comprarle aquellas "UNICAS NARANJAS".

Con tan poco éramos felices y añoro aquellos momentos.